

EN DIÁLOGO CON LAS RAÍCES. ISAAC GOLDEMBERG Y SUS OTROS

JULIÁN PÉREZ¹

Julián Pérez: Isaac, quisiera comenzar haciéndote unas preguntas sobre tus poemarios más recientes. Acabas de publicar *Diálogos conmigo y mis otros* y en el 2012 publicaste una importante antología de más de una década de tu poesía, titulada *La vida breve*. Leyendo esta antología veo que eres fiel a tus temas personales. Miras siempre tu historia familiar. Las dos imágenes que presentas más recurrentemente son las de tu padre y tu madre. La imagen de tu padre me parece afirmativa, mientras que la de tu madre la veo elusiva. Esta segunda imagen, más reprimida, yo siento, forma la sustancia fundamental de tu literatura: tu madre es tu lengua, es el Perú, al que tú has decidido serle fiel en tu obra. Yo quiero que expliques a tus lectores qué es tu madre en tu poesía y qué fue ella en tu vida.

Isaac Goldemberg: Es muy cierto lo que dices: mi madre representa mi lengua y, por supuesto, mi identidad peruana. Y, debido a que a los ocho años de edad dejo de vivir con ella, dejo mi pueblo natal, Chepén, para irme a vivir con mi padre en Lima, en mis poemas su figura es elusiva. Pero también lo es la de mi padre, ya que a él recién llego a conocerlo a los ocho años. Si en Chepén viví bajo el peso de su sombra, su presencia en Lima fue también fantasmal, ya que mi padre, hombre muy parco en el hablar, casi no me hablaba de

¹ Profesor y director de estudios Ibéricos e Hispanoamericanos en el Departamento de Lenguas y Literaturas Clásicas y Modernas en Texas Tech University (Lubbock, TX). Sus áreas de interés son la poesía hispanoamericana, el ensayo y las literaturas del cono sur desde el siglo XIX hasta el presente.

http://www.depts.ttu.edu/classic_modern/other/CV/JPerezCV.pdf

su vida. Entonces, para darle carne, para situarlo en algún lugar, me vi obligado a imaginar su historia, ayudado por los pocos datos que a veces él me proporcionaba: que había nacido en una pequeña aldea de la Ucrania, y que antes de llegar al Perú había vivido en dos o tres países de Europa. Mi padre representa mi identidad judía, con él mi mundo se expande, traspasa las fronteras del Perú. Ahora bien, en mi poesía la “madre” —no mi madre real sino la figura materna— aparece como símbolo tanto de la peruanidad del hablante lírico como de su mundo individual. Se trata de una figura que convoca a lo telúrico (el paisaje de mi pueblo, su historia ancestral), pero también a lo oscuro, lo uterino, aquello que permanece enterrado en el subconsciente. Entonces, la exploración de la figura materna le sirve al hablante lírico para desenterrar los restos de su historia familiar en el Perú y, por consiguiente, de su historia como peruano.

Por otra parte, a la inversa del mundo nocturno, interno, de la madre, el mundo del padre —el del judío extranjero— se difracta en imágenes de viaje, de desplazamientos, de la inseguridad del vivir pasajero. Es recurrente en mis poemas la presencia del desierto, tanto en referencia a la madre como al padre. El desierto de la madre (el geográfico, el real, el que rodea a mi pueblo) es lo estable, la placenta materna. Como te dije, mi pueblo se llama Chepén, palabra que en idioma moche quiere decir “madre de arena”, lo cual te remite inmediatamente al desierto y a la idea de una suerte de placenta primigenia. Por otro lado, el desierto del padre (el bíblico) que aparece en muchos de mis poemas simboliza la errancia.

JP: En tu poesía hablas de episodios preciosos de tu infancia en Perú, donde no vives desde tu adolescencia, pero a cuya memoria te aferras. ¿Por qué esa fidelidad a tu pasado?

IG: Yo me fui del Perú a los 16 años con un equipaje de vivencias muy profundas y del cual no he podido —ni he querido— desprenderme. Lo llevo conmigo a donde voy, perennemente. Sobre todo en lo referente a mi pueblo. Los ocho años que viví en Chepén han sido fundamentales tanto para mi vida personal como para lo que he escrito. Además de las experiencias familiares, lo que más guardo de Chepén es su atmósfera ritual, esa mezcla de paganismo y catolicismo, casi como si se tratara de un pueblo medieval y que lo convertía en una especie de teatro del mundo. La vida del pueblo la recuerdo como una cadena de procesiones, entierros, ferias, nacimientos, fiestas carnalescas en la cual los habitantes del pueblo éramos actores

y espectadores al mismo tiempo. Todo eso es parte de mi identidad como peruano.

Ahora bien, como también soy judío, no puedo dejar de sentir una identidad compartida. Lo que viví en Chepén, el contacto con su paisaje —el cerro a cuyas faldas se extiende el pueblo, la acequia que lo atraviesa y el desierto que lo rodea— han perdurado de forma indeleble en mi memoria. De niño, y ya en Lima, esos elementos me sirvieron de referente para vivir más de cerca y con mayor intensidad todos aquellos paisajes que después invadieron mi imaginación como parte de mi cultura judía. Entonces el cerro de Chepén se convirtió en el monte Sinaí, la acequia en el río Jordán y el desierto chepenano en el desierto de la Judea bíblica. Y así, entremezclados, aparecen estos paisajes en mis historias y en mis poemas.

JP: ¿Qué significa para ti tu identidad nacional?

IG: Lo que yo tengo, lo que siento, más que una identidad nacional es una identidad de pueblo, mejor dicho de pueblos, ya que pertenezco tanto al pueblo peruano como al judío. Lo cierto es que, como te decía, no puedo dejar de sentir una identidad compartida, compuesta por mi peruanidad y mi judeidad. Para mí el concepto de identidad es importante, no solo porque me interesa saber qué soy, quién soy, sino porque el mundo te obliga a definirte. Por eso casi todo lo que he escrito constituye, entre otras cosas, una meditación sobre lo que significa o puede significar ser peruano y judío al mismo tiempo. Lo que expreso, tanto en mi narrativa como en mi poesía, es una sensibilidad judía y peruana, es decir, una sensibilidad mestiza.

JP: En tu *Libro de las transformaciones* meditas sobre la relación entre el mundo andino y el hebreo en “Oración fúnebre”, la poesía y la escritura en “Arte po/ética con Dios en el medio” y “Libro”, el sentido de la divinidad en “Ley” y “Plegaria”. Poesía y vivencia religiosa se entrelazan. Háblanos un poco del lugar de este libro en tu obra, ¿qué representa para ti?

IG: Sin desprenderme de todo aquello que me define culturalmente, en este libro, con excepción de dos o tres poemas, dejo de lado mi historia personal, más íntima, y doy un salto hacia una meditación —nacida de nuestras más elementales preocupaciones metafísicas— de lo que significa ser humano a secas. Así, se insiste en hablar de Dios, la historia, el destino de nuestro planeta, la lengua, la religión, la poesía, etc. porque todo eso está relacionado con mi identidad como ser humano. Por eso, como bien dices, poesía y vivencia religiosa —y

yo añadiría las vivencias culturales — se entrelazan. Al hablar de Dios en varios de los poemas de este libro, lo que busco es que el lector se remita a la idea de su “Dios” —en el caso de que sea creyente— o a la idea general que todos tenemos de “Dios”, aunque no creamos en la existencia de un ser divino. Ya sea en el ámbito de la familia o en el escenario de la sociedad, todos hemos crecido bajo la sombra de Dios, bajo el peso del papel que Dios ha desempeñado históricamente en la vida de los seres humanos. En este sentido, es dable pensar en Dios como en una especie de personaje creado por los seres humanos para que actúe dentro de dicha historia y para que ayude a explicarla.

Por otra parte, mi preocupación con Dios o con la idea de Dios se debe también a mi origen familiar. Yo crecí bajo la sombra de dos dioses: el Dios del Pentateuco y el Dios de los Evangelios. Y aunque sabía que este era una “figura histórica” y lo podía ver con mis propios ojos clavado en la cruz e incluso podía tocarlo con solo alargar la mano, siempre me pareció más etéreo que el del Pentateuco; es decir, dueño de un papel menos activo y menos directo en la historia de los seres humanos. Por el contrario, el Dios del Pentateuco, cuyo nombre no podía ni debía pronunciarse, ni podía ni debía ser representado en imágenes, me parecía más corpóreo, representando un papel más activo y más decisivo en la historia del pueblo judío. Para mí el de los Evangelios era un Dios celestial y el del Pentateuco un Dios más terreno.

JP: Ahora quiero que me hables en particular de un poema, “La última cena”. En tu poema la voz poética le pide a Dios “un plato de sopa para la resurrección del hombre”. Esta imagen me golpeó. Una última cena con el más humilde y casero de los platos: una sopa. ¿Qué significa para ti este poema?

IG: Este poema se publicó originalmente con el título de “El hambre invitó a Dios al séder de Pésaj”, y ahora lo utilizo como subtítulo de “La Última Cena” —y viceversa— para indicar que se trata del mismo evento, ya que esa cena fue el séder, el último, que celebró Jesús acompañado de sus apóstoles. El séder es la cena tradicional que se celebra durante la Pascua judía (llamada Pésaj en hebreo) y en la cual se narra la historia del Éxodo. Si bien el séder conmemora un evento histórico-religioso que simboliza la libertad y el nacimiento del pueblo judío como nación, el significado de la Última Cena es puramente religioso (aunque también tiene un trasfondo social), ya que según la doctrina cristiana, durante ella Jesús ofreció su cuerpo y san-

gre a los apóstoles. Para los judíos, la celebración de Pésaj, el sentarse en torno a la mesa para contar la historia del Éxodo, es volver a revivir esa experiencia, es sentirse obligados a experimentar el dolor de la esclavitud, a verse y sentirse ellos mismos como los esclavos que salieron de Egipto. Ahora bien, este supuesto acontecimiento histórico —se supone que el Pentateuco sea también un recuento de la historia primigenia del pueblo judío— tiene a Dios, además de Moisés, como gran protagonista, ya que es Él quien interviene directamente en la liberación de los judíos y los guía hacia la Tierra Prometida. ¿Qué tiene que ver mi poema con esa historia? Aparte de que el poema alude al séder judío y a la última cena cristiana, no veo relación alguna. Lo que imaginé fue un séder surrealista, alucinante, en la que Dios acepta la invitación del hambre a una cena donde en vez de comer, se confabula con el hambre para crear más hambre en el mundo, sordo a la voz que le pide un plato de sopa para la resurrección del hombre. Una resurrección tanto a nivel corporal como espiritual.

JP: Acabas de publicar *Diálogos conmigo y mis otros*. Háblanos de este poemario.

IG: Este es un libro que escribí con ánimo decididamente lúdico. La intención queda explicada en el primer texto del poemario, titulado “Prefacio” y que dice así: “*Estos poemas son el diálogo / que ellos sostienen con los epígrafes / y estos epígrafes son el diálogo / que ellos sostienen con los poemas. / Pero sin saberlo*”. Es decir, todos los poemas están precedidos por uno o más epígrafes, la mayoría provenientes de poetas, escritores y pensadores peruanos y judíos —de épocas diversas— con los cuales dialogo acerca de mi ser judío y peruano y sobre otros temas, como la creación poética y la poesía misma. El libro se fue haciendo de manera natural y rápida. Mis comentarios a los epígrafes fueron inmediatos, como si de verdad estuviese dialogando cara cara con esos poetas, escritores y pensadores. Con algunos de los epígrafes, me ocurrió algo curioso: los vi como complemento de algunos poemas que ya había publicado anteriormente y decidí incluirlos en este libro. Esos poemas no pasan de diez, de un total de unos setenta poemas.

JP: Quiero preguntarte sobre los poemas agrupados bajo el título de “Variaciones Goldemberg” y que forman parte de *Diálogos conmigo y mis otros*. Estoy muy intrigado con poemas como “Odissea en el espacio”, “Terra ignota”, “Desapariciones”, “Éxodo”, “Tierra prometida”. Estos poemas, más extensos que los otros, hablan sobre

la tierra y los seres humanos, y me parece que quieren reescribir la historia de la humanidad desde una perspectiva sagrada y muy poética. ¿Cómo llegas a este poemario? ¿Qué estás buscando ahora con tu poesía?

IG: En efecto, hay una perspectiva sagrada y poética por parte del hablante lírico. Sagrada porque se habla de los misterios del firmamento; poética porque se expresa desde un punto de vista simbólico, que es como decir poético. Todos los poemas de “Variaciones Goldemberg” hablan de un nuevo éxodo, proyectado hacia el futuro: un viaje galáctico-espacial en el que los humanos ignoran por qué parten, pero saben que van hacia una nueva tierra prometida debido a que el planeta se ha convertido en un espacio inhabitable. Como decía, se trata de una realidad proyectada hacia el futuro, pero que resulta ser un espejo del presente.

JP: Has recibido a lo largo de tu carrera como escritor buen reconocimiento como novelista, particularmente con tu novela *La vida a plazos de don Jacobo Lerner*. ¿Cómo ves la relación entre tu poesía y tu prosa? ¿Te sientes más narrador o más poeta?

IG: Te responderé con una perogrullada: cuando escribo narrativa me siento narrador y cuando escribo poesía me siento poeta. Pero en el fondo me resulta imposible separar al narrador del poeta y viceversa. Por eso mi narrativa le debe mucho a la poesía y esta a la narrativa. Y no solo en lo referente al estilo, a la voz, sino también a los temas, al punto de que muchas situaciones y personajes que aparecen en mi narrativa reaparecen en mis poemas. Sin embargo, a la hora de trabajar un texto, siempre estoy consciente de las exigencias de cada género. Ahora bien, sucede a veces que un texto que en un comienzo apareció como poema, se transformó luego en microrrelato o viceversa. Algunos de estos textos se han publicado ya en un par de revistas tanto en forma de poema como de relato. Entonces lo que noto es que en la voz, o en las voces de estos textos tiende a borrarse aún más la línea divisoria entre el narrador y el poeta.

JP: Tu lenguaje poético es un lenguaje conversacional y conceptual a un tiempo. Haces preguntas filosóficas en tu poesía. ¿Cómo concibes el lenguaje poético?

IG: Pienso que el lenguaje poético no debe ser poético, pero que sí debe tener el ímpetu poético, la intención poética. Es decir, debe intentar alejarse en todo lo posible de lo que se ha dado en llamar la “palabra poética”, porque esta es exterior a las cosas. Para mí

el lenguaje poético es el lenguaje —cualquier tipo de lenguaje— capaz de producir una ruptura en el sistema psicológico del lector o del oyente. Por otra parte, es cierto que en mis poemas planteo una que otra cuestión filosófica, pero mi intención no es hacer filosofía ni hacer del lenguaje poético un lenguaje filosófico, pese a la relación que pueda existir entre ambos.

JP: En el 2010 se publicó *Acuérdate del escorpión*, una novela policial. ¿Qué te llevó a incursionar en este género?

IG: Siempre quise escribir una novela policial, pese a que no soy demasiado aficionado a este tipo de novelas. La génesis de esta novela se encuentra en un viaje que hice al Perú en 1977, después de casi 15 años de ausencia. El pretexto del viaje era recoger datos para una novela, pero en realidad regresaba para reencontrarme con los fantasmas que había dejado detrás y que me habían estado acechando durante todos esos años. En medio de esa búsqueda de datos, me topé en un periódico con la noticia del asesinato de un japonés, hallado muerto en un restaurante del Mercado Central de Lima. Pero la imagen que se dibujó en mi mente no era la de ese señor japonés en su restaurante, sino la de otro, en un billar, crucificado sobre una de las mesas. Pero además de la imagen del japonés crucificado en el billar, y que se me apareció en un fogonazo, hubo otra imagen que se me presentó de la misma manera y con la misma intensidad, un día que, caminando por una de las calles del Centro, en ese mismo viaje, pasé por delante de la fachada de una pensión que yo solía frecuentar de niño. Pues bien, la imagen que asaltó mi imaginación fue la de un anciano judío colgado de una viga en esa pensión. Ambas imágenes me persiguieron por casi treinta años y durante ese tiempo se fueron entrelazando y situándose en un tiempo histórico definido: la Segunda Guerra Mundial, raíz del argumento de mi historia. Para mí era claro que en su persistencia estas dos imágenes me estaban pidiendo a gritos que las utilizara para crear una historia. Al final, me di cuenta de que solo me quedaba un camino: el de la novela policial. Entonces me impuse el reto de escribirla.

JP: ¿Qué contraste en el proceso de escribir esta novela?

IG: Por una parte, la novela policial me ofrecía un espacio especial para presentar ciertos aspectos de la sociedad peruana que están relacionados de alguna manera con su historia política, y para reflexionar sobre dichos aspectos de la realidad. No obstante, debo aclarar que esta no es una novela sociológica ni política. El “retrato”

de la sociedad se da de forma impresionista, en una especie de tomas rápidas, un poco como en el cine. Por eso el ritmo de la novela es veloz, a veces vertiginoso, casi sin pausa, y la voz del narrador intenta ser objetiva, directa, nada barroca. Se trata de una novela que puede ser leída en diferentes niveles, como una simple novela de acción o como una novela que te dice algo más.

JP: Tu mundo religioso judío se refleja profundamente en tu obra. Vives en uno de los grandes centros de la cultura judía “en la diáspora”: New York. ¿Cómo ves tu situación étnica y religiosa? ¿Cómo ha afectado la cultura protestante y angloparlante tu obra en castellano?

IG: Curiosamente, como vivo en Nueva York, a nivel diario nunca he sentido de manera patente que me encuentro dentro de la cultura protestante, como seguramente sí lo hubiese sentido si me hubiese radicado en cualquier otra ciudad de Estados Unidos, ya que Nueva York es una ciudad *sui generis*. Llevo casi cincuenta años en los Estados Unidos, pero mi experiencia ha sido básicamente neoyorquina, la cual, si bien incluye lo “americano”, rebasa las fronteras ideológicas y culturales americanas ya que Nueva York —por su gran confluencia de nacionalidades, etnias y razas— puede darse el lujo de constituirse en una especie de espacio anímico e intelectual independiente del resto del país. En Nueva York yo me siento sumamente cómodo con mi “identidad neoyorquina”, esa amalgama híbrida que contiene al mismo tiempo lo americano” y algo más que resulta difícil de definir con palabras. Lo más curioso es que si he llegado a sentirme un poco “americano”, eso se lo debo a Nueva York.

Al permitirme ser lo que soy en todas mis facetas —peruano, judío y latinoamericano—, Nueva York me brindó el espacio para también poder sentirme “americano”. Con cerca de dos millones de latinoamericanos y otro tanto de judíos, Nueva York es la ciudad donde yo, en un ámbito personal y también público, puedo vivir plenamente y sin problemas mi condición mestiza de judío peruano y latinoamericano.

JP: ¿En qué proyectos estás ahora?

IG: Acabo de terminar el guión para un documental sobre un aspecto muy particular de la presencia judía en el Perú y pienso filmarlo —bajo mi dirección— en los próximos meses. Al mismo tiempo he empezado a trabajar en una novela —también de corte policial— donde aparece Simón Weiss, el protagonista de *Acuérdate del*



Isaac Goldemberg
(foto cortesía IG)

escorpión, a los quince años y resolviendo su primer caso, ocurrido en el Colegio Militar Leoncio Prado. Por otra parte, próximamente se publicará en el Perú un poemario titulado *Libro de las Raíces*, compuesto por 40 poemas en castellano y sus respectivas traducciones al quechua, inglés y francés. Asimismo, quiero retomar una novela que comencé hace algunos años y que lleva el título tentativo de “A Dios al Perú”. En esta novela cuento la historia de un peruano mestizo, de nombre Ángel de la Cruz —historiador y crítico literario—, que viaja de Lima a Nueva York con dos objetivos: convertirse al judaísmo y probar que César Vallejo descende de judíos.